

Ernesto Uría

Las islas sin tierra

Con prólogo de
Á. ÁLVARO MARTÍN DEL BURGO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE NARRATIVA, nº23—
MADRID • MMXIX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © ERNESTO URÍA

De la edición © Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Del prólogo © Á. ÁLVARO MARTÍN DEL BURGO

Fotografía de cubierta © ERNESTO URÍA

(*Rêve, la Pologne se lève. Pavellón polaco. Bienal de Venecia, 1980*)

Fotografía del autor en solapa © ANTONINO NIETO RODRÍGUEZ

Primera edición: Junio 2019

I.S.B.N: 978-84-120024-4-7

Depósito legal: M-19050-2019

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A todas las personas que me animan y ayudan a seguir, a escribir, a vivir, pese a tanta pena, irremediable, irredimible.

Gracias por vuestro apoyo y vuestro afecto.

*Y no encontrarás entre los pilotos del Califa de Bagdad
uno que sepa navegar por sueños y memorias,
y así no logran ver nada de lo que hay,
lo que es milagro y hermosura de los mares.*

ÁLVARO CUNQUEIRO
Cuando el viejo Simbad vuelva a las islas

*pero quiero encontrar la isla desconocida,
quiero saber quién soy yo cuando esté en ella.
No lo sabes.
Si no sales de ti, no llegas a saber quién eres.*

JOSÉ SARAMAGO
El cuento de la isla desconocida

*Cuando sea viejo volveré a la isla. (...)
Hay que mantener la vida en la isla. (...)
De no hacerlo así, la gente olvidará la isla
y perderá el deseo de volver.*

YUKIO MISHIMA
El rumor del oleaje

PRÓLOGO

Por Á. Álvaro Martín del Burgo

Los temas de Ernesto Uría

Entremezclando recuerdos e incorporando pequeñas variaciones en torno a la realidad, invenciones, a veces imperceptibles casi, que no obstante iluminaban con nueva alegría los sucesos y personas rememorados, el pasado difuso y contumaz, lo que fue, lo que hubiera podido ser si acaso...

(Del relato *La dedicatoria*)

La literatura puede contar del Paraíso y las islas, o del silencio y el destierro, así como también mismamente la vida corre entre el deseo y los días, entre el amor y la cruz. Hay una razón para hablar con franqueza, la misma que para recurrir a la ficción: mostrar en toda su verdad esa fractura que somos entre *lo bello* y *lo trágico*. He aquí lo nuestro: cumplimos un tiempo, bendito e insalvable, mientras tomamos parte en un mundo

que atravesamos como en la forma de una búsqueda, de esa búsqueda que nosotros al fin terminamos siendo; lo mismo que un abedul, enraizado en las lindes de su bosque, nutriéndose de la tierra, testigo de la naturaleza hacedora en torno, cobijado por un cielo que lo alimenta de luz, infinito, inalcanzable, pero al que tiende y hacia el que crece¹.

Todo escritor debe encontrar una voz que lo reconozca más allá de la multiplicidad de ambientes o registros. Un libro de relatos pide conciliar, como una vida, esa voz propia o común, esa identidad natural, con el racimo de escenarios y variedades que pueden tapizar lo vivido y lo escrito. En *Las islas sin tierra* la voz es una, pero se recorren todos los tonos y categorías del arte, como un narrador multiforme y jánico. Desde *lo cómico* en «La propuesta» (divertimento francamente entretenido, de aquellos que sencillamente nos dan placer en la lectura, tornándonos las cosas más livianas —lo digo con gratitud—) a *lo estético*, en el sentido de *auto-reflexivo*, casi meta-literario, en «El jardín», a *lo terrible*, próximo a *lo siniestro*, en «Isla negra» o «Un vuelo nocturno», o *lo trágico* como exploración y aceptación de los límites de la vida del hombre (así en los relatos

1. Imagen del relato «El abedul», donde Ernesto Uría escribe: *Nunca conoceré más allá de las lindes de mi bosque, con la bendita e inmensa salvedad del cielo arriba, ilimitado y voluble. O la tierra limítrofe, donde pastan animales o crecen cultivos que otros hombres siegan con la precisión de los pájaros. Con el oído eso sí, lograba distinguir los tañidos de las campanas, forjadas con cañones capturados a los suecos, el travieso discurrir del río juguetón y algo atolondrado, las pícaras canciones de muchachas engalanadas en carretas repletas de aromas y flores, camino de alguna fiesta o enlace.*

de homenaje a la madre, de rememoración de los antepasados y las raíces, o en el hecho de afrontar el paso del tiempo), también *lo mundano*, *la cotidianidad*, *el absurdo* (por ejemplo, en «Cautivo del azar»), *el pathos* humano y *lo dramático* (en «Nochebuena mala») o, sencillamente, *lo amoroso*, como tonalidad predominante e inevitable del libro.

En los relatos de Ernesto Uría trasluce ante todo una sensación de confesión —de cercanía y confesión—, trascendiendo lo anecdótico y lo biográfico para conjugar, a través de la ficción (con su narrativa y su lógica), la verdad común del hombre en cuanto tal y el sentido casi esencial de la vida como búsqueda —esa *búsqueda* que somos— entre el absurdo y la esperanza. Ernesto escribe con veracidad, en un estilo cercano al decir, en la proximidad del *yo* que nos habla, cercano y prójimo, como sentados a una misma mesa, con su predilecta escritura en 1^a persona, casi en un monólogo o discurrir de flujo de conciencia. Es el poeta o el hombre en la autenticidad de un mundo propio y humano, veraz, pero, sobre todo, interior, como el mismo monólogo en el que se nos presenta. A veces ese *yo* se dirige a un *tú*, distante o silencioso, objeto de amor como Jadwiga o sujeto de confidencia como Mayra: decíamos que somos *fractura*, ello implica la condición amorosa del hombre, escisión con la otredad, con el otro, amado o inalcanzable, pero sin el cual no somos. La *fractura* es doble: de una parte, la otredad, la alteridad, el *yo* y el *tú* enfrentados y necesitados de cada cual; de otra parte, la escisión de los tiempos de nuestra vida, la que

recobramos con nostalgia mientras la memoria intenta reconciliarse con lo vivido, como una noria girando con sí misma, como las canciones que suenan con nostalgia en el piano del relato «El jardín». En *Las islas sin tierra* prima una memoria tan rumorosa como perdida, dulce o espinosa quizá, pero recuperada siempre en el testimonio que ofrece la voz del relato, como preservando la verdad de la vida y acercando la insalvable distancia de sus tiempos.

Las islas, lejanas y bellas, imaginadas o perdidas, son el deseo, con sus leyes y sus objetos de amor. Las islas son el paraíso, la añoranza del hombre, que toma las formas de la querencia del otro (ya erótica, ya fraterna) o de voluntad de reintegración con la vida pasada y con todo los tiempos en que nos hemos escindido. Es el amor, que son los otros, y es el tiempo, que hace la muerte. El paraíso —las islas— puede ser el deseo, el placer, el enamoramiento, el nombre de aquello que amamos, como pasión o hambre mortal que nos llama y mueve. Pero el paraíso puede ser también un lugar de reencuentro con las raíces, el tiempo de juventud, lo esencial, lo perdido y lo pasado. En ese último sentido, un carácter fragmentario es necesariamente consustancial a los relatos, las islas y la memoria: relatos, islas y memoria como parajes de reencuentro y convivencia de los vivos y los muertos; de exploración de nuestra condición mortal; de comunión con naturaleza y cielo; de luz y sombra; palabra y límites; nostalgia y belleza; permanencia, renovación, primavera y muerte.

Heródoto decía que la verdad es atestiguar de lo que existe. Ese testimonio nos ofrece el poeta y el autor de ficciones: en la metáfora o en la máscara se hacen comparecer un hombre y su mundo. Un hombre mortal, herido por lo amado pasajero y por la vida breve o finita, náufrago desarraigado, impelido por un mundo trágico de belleza y límites y por unos días repletos de absurdo. Pero el árbol (abedul, por ejemplo) mira al cielo y el hombre ama, desea, «tiende hacia», o rememora, pervive, hace vida la memoria, hermana a los vivos y a los muertos, *busca*: y esa búsqueda de lo perdido o lo amado, lejano e infranqueable, pero objeto de nuestra condición, es como esa otra búsqueda de las islas, fragmentarias, intangibles y sin tierra, pero que nos mueven al viaje, y eso es ya mucho. Las islas, islas inventadas quizá, que en algún momento nos acogen, refugio donde la vida termina transcurriendo. Hay el mundo y hay el absurdo, pero lo esencial —si hacemos relatos para atestiguar o si emprendemos el camino a las islas— se dice y reconcilia con lenguas de esperanza. Hay alguna noción de sentido, de pertenencia a un orden natural de las cosas, batido por el oleaje del mar, de ese mar que rodea las islas, que nunca es el mar, y siempre es la vida, los días.

AY, MAYRA

Ay, Mayra, por muy colombiana que seas, cómo se te ocurre, tras tantos años aquí, instalada tan a gusto, escribiendo como sueles (tan bonitamente, por pura afición, sobre vidas y azares de gentes que deambulan y viven, aman y se encuentran por estos pagos, más allá o acá de su origen y procedencia) relatos amenos y lindos que hablan de amigas de verdad o transeúntes, más o menos efímeras —como el amor tan a menudo—, o surgidas sin mediadores de tu imaginación. Un universo colorido, repleto de pasiones y cautelas, extravíos y silencios, orgullo y derrotas. Un mundo propio y atractivo surcado con tu peculiar lenguaje, que mezcla expresión y ritmos mestizos entre el Caribe y Madrid: rotundo y tierno, con un toque dulzón y afetuoso y las inevitables notas de tristeza. Todo tan grato como reconocible. Pues eso, amable amiga y compañera de años en afanes y apuros literarios, que cómo se te ocurre enviarnos un relato ambientado en Cartagena de Indias, en las Islas del Rosario, por más señas, diríase que en el mismo islote, idéntico recodo que aquel que habité unas cuantas horas inolvidables, incluso quizás las mismas aguas, si por un parón del tiempo y el espacio todo permaneciera como lo disfruté aquellos lejanos días de mayo, el sol arriba intenso, aquella mujer bronceada,

tersa y rubia al albur de oleadas transparentes de arrullos líquidos, sus labios, el sabor de los daiquiris entremezclados y las carnes empapadas del otro. Ya lo creo que sí, que me extenderé en cuanto termine esta carta, carta marina y salada escrita desde páramos feroces de soledad y abandono, donde el mar solo es un delirio que se intuye si aprieto la concha del baño contra el oído y me dejo mecer por sus olas pasajeras y pasadas... Mar donde era fácil amar, que trataré de recuperar para mi pequeña y particular literatura, vamos, que intentaré enhebrar un relatico, en diminutivo, como habláis a menudo por allí, eligiendo hilos de la maraña de recuerdos entreverados y húmedos aún, aunque algo desvaídos por el paso del tiempo, y también por el temple, la voluntad de olvidarme, de sumergir aquella relación recóndita e intempestiva, en el fondo de aquel mágico mar de coral y fuego transparente, como galeón hundido por piratas voraces que sin embargo reflotara indemne, siempre puntual si en alguna ocasión lo llamo, que incluso a veces, ahora mismo, se presenta de modo inopinado, desvelado en toda su amplitud y fuerza por tu remembranza como si una marea lo transportara arriba, aunque permanezca embarrancado, varado por cierta contención, mientras se estremece todo al son de mi deseo trasnochado y temblón. La evocación se despereza, se agita y danza. En ese territorio difuminado, en ese tiempo circular y pasmado donde ya nada existe, ni el tic tac que mece los segundos, tan solo los latidos y demás sonidos irrepetibles, hondos y anárquicos de los cuerpos sincronizados y ardientes.

Pero vuelvo al hilo de la misiva, que ya basta de imágenes y recuerdos ajados que nunca regresarán hechos carne y gozo como fueron.

Diría, sin demasiado temor a equivocarme en esta ocasión, menudo alivio, que otras veces, en otros relatos, hablabas de enclaves marinos y tórridas historias interminables, hasta el horizonte y más allá, bendita imaginación, o no, pero, querida, lo hacías sin precisar dónde, sin regalarnos pistas que nos hicieran tornar la vista hacia los mapas particulares para recorrer el paraje de cada historia, paraíso natural y afectado, también en esta última entrega, cómplice inevitable de la trama, amorosa, como la mayoría de las que gastas. Pero, conforme te leo, una rotunda bola de calor ígneo, como un cometa descomunal, atraviesa los cristales del mirador donde me hallo, y me abraza lúbrica y determinadamente, abrasando mis años y mi cansancio, y hasta mi soledad, envolviéndome en un rutilante resplandor naranja y sabroso. Puede que el paisaje que enmarca y aprieta tus azogues ultramarinos fuera siempre el mismo, que fuera siempre aquel que hoy descubro, al cabo de los años, nueve largos años de renuncia y tibieza; pero hoy lo describes, describes y denominas con tanta exactitud, o así me llega, ¡válgame Dios!, tanto que pareciera que por un extraño azar tú también hubieras andado o nadado por ahí, asombrosa simultaneidad, afanada en lo tuyo, a pocos pasos, brazadas, de mis cuitas y afanes, invisible a mis ojos, como lo era toda aquella belleza en torno de nuestros cuerpos desnudos, y los pececillos y flores,

las frutas y la espuma que nos cosquilleaba el deseo inmenso y desmelenado entre ambos, Sonia y yo, su pubis diáfano, rapado y anhelante y mi reiterado escorzo interminable como la tarde. Tras un inicial resquemor, una alegre y divertida duda se abre paso, derramando risa y complicidad, y poco a poco me inunda la certeza imposible de que aquella tórrida jornada tú también estabas ahí, apostada sirena vigía de las prácticas de quienes nos afanábamos en alcanzar estadios nuevos y prolongados de sensaciones y andanzas ya conocidas, quien sabe si quizás aplicada en un quehacer no tan distinto, a tus anchas en atolón inmediato, elástico como la piel de aquel cuerpo, o tal vez llegaste más tarde, para escrutar mis sueños y devaneos por el proceloso mar de los recuerdos, realzados y repletos de aquellos anhelos de entonces, bajo la caricia de la luna de mayo. Y por si fuera escasa la llama reavivada por tus líneas prietas y decididas, la fantasía irrumpió, tenue al principio, para imponerse pronto en desigual combate con la proclividad polar, mejor desterrar la memoria de recuerdos ya pasados y dejarme de devanarme los sesos, y no solo, sobre el adiós sensato y difícil que siguió. Decido pronto, haciendo caso omiso a la cardíaca, adentrarme en la frase que preconizas para la próxima narración, que incluye un diamante rosa y una caja fuerte; pero, para fuertes, los que se erigen en guardianes gigantes, sendos colosos imponentes que custodian la bahía de donde parte, alegre y resuelto, mi apetito, mi deseo asimismo descomunal, el consiguiente arrebato. Tamaña solidez refuerza mi ansia por

leerte cuando me topo con el avión de hélice que traslada a esa jovencita inocente a engrosar las huestes de señoritas amables y atractivas, dulces como panqueques, dispuestas y cuidadosas, expertas más temprano que tarde. A mí lo que me provoca tu escrito, lo que me viene de tu mano, o de tu ratón o de tu inspiración o de la memoria bella y gruesa como tinta de antaño en la que mojas los dedos que teclearán después las palabras que ceñirán los abrazos, es un aluvión que me sacude y voltea, estrellándome contra el suelo sin poder siquiera desplegar los brazos. Cuando entreabro los ojos y me conduelo perplejo me percato que en realidad he caído en un mullido recinto de terciopelo y oro, que huele a sándalo y a cedro. Investigo con rapidez y celo el portentoso objeto, una amplísima y luminosa caja de Pandora, abierta en canal sobre las islas que recorremos, caja caleidoscópica y tierna, de la que surgen imágenes apasionadas de besos transparentes en aguas turbias, que no, que me confundo embelesado, al revés, besos turbios en aguas transparentes. E inesperada alegría... Asoma cauta Claudita, que no me llevó a recorrer las islas, ni falta que hizo, se las ingenió con soltura para que ni siquiera yo me planteara la posibilidad de hacer turismo al margen de mis reiterados recorridos por sus recodos y confines, y sus abrazos oscurísimos como su piel de virgen negra trajinada por el tiempo y erosionada por la necesidad y las oraciones, en aquella primera estancia exultante en Cartagena, envuelto en su destreza y humedad, en la tórrida atmósfera que debió deslumbrar, y cuánto, a los marineros y